

Carretera Nacional) era la expresión de la riqueza material y, en consecuencia de una mejora material de sus condiciones de vida, motivada en parte por la mayor facilidad para comunicarse con Santiago y sus alrededores. Sería la arquitectura la que mostraría mejor esta condición.

Otras razones de esta transformación estarían relacionadas probablemente con el incremento en la frecuencia de los viajes de los habitantes fuera de este ámbito doméstico de su vida. Una mayor permanencia de los habitantes serranos en los poblados de abajo y una mayor dependencia funcional con estos centros suburbanos más cercanos a la vitalidad del centro mayor, Monterrey, es posible que haya acostumbrado la mirada, y como las aves al final del día, que vuelan a los cerros, hubiera subido ese otro imaginario a la sierra.

Esta idea puede ayudar a establecer un problema más relacionado con esta red de información del mundo rural, y es el del sentido de la transmisión de la información; ya que si el ejemplo de Laguna de Sánchez sirve de algo, es para señalar un sentido unidireccional en la hegemonía de unos imaginarios sobre otros. Lo que nos lleva a imaginar unos nodos que estructuran y dan sentido a esa red. Ésta, ¿está relacionada con la jerarquía funcional del sistema de caminos regional?

Hay una lógica muy simple que nos indica que la red de caminos va configurándose como el agua que va anegando una parcela de siembra, de la acequia el agua escurre por los surcos en el sentido general de la pendiente del terreno, el ramal principal del riego se va bifurcando, una y otra vez, hasta empapar toda la tierra. En un sentido histórico, tras la conformación de un camino, van surgiendo comunidades sobre su recorrido, y comunidades más alejadas que establecen una comunicación — una dependencia — con el ramal principal de la comunicación.

El Camino Real de Tierra Adentro (el antiguo Camino de la Plata) que inició su trazado hacia 1550 para enlazar a la Capital

de la Nueva España con la provincia de Nuevo México, al norte, fue el que permitió la fundación paulatina de los poblados que a la postre darían origen a ciudades como Santa Fe y Albuquerque, hoy en territorio estadounidense; Juárez (el antiguo Paso del Norte), Chihuahua, Durango, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí, Guanajuato y Querétaro. Gran parte del poblamiento y la consolidación del sistema de ciudades de esta zona de Aridoamérica se debería al trazado de este camino. Aunque las razones de su trazado hubieran sido el tender una ruta eficiente y segura que conectara a la capital de la Nueva España con los yacimientos minerales del norte del territorio de este virreinato, el trazo en sí abrió la posibilidad de organizar un sistema de poblados en su recorrido que no estarían solamente relacionados con las explotaciones minerales.

Las postas de abastecimiento para los viajeros, las misiones y los presidios, las haciendas para la explotación agropecuaria, etc., establecerían una red de localizaciones dependientes de esta ruta. Es posible plantear que al mismo paso de los viajeros que transitaron por el Camino Real de Tierra Adentro, se irían dispersando los imaginarios, que a la postre darían cuerpo y materia a los asentamientos y que establecerían profundas relaciones entre sus fisonomías.

Este fenómeno es visible muy especialmente en las rutas misioneras. Con el establecimiento de los conventos y otros edificios religiosos en tierra ignota y con la organización de los poblados alrededor de las misiones, es fácil observar una familiaridad en la imagen de las edificaciones a lo largo de estas rutas. Es posible notar además esta misma familiaridad en el habla cotidiana, en el vestido, en los códigos de comunicación no verbales, en las costumbres de alimentación, etc. Aparentemente, de la fuente misionera se habría anegado el territorio; los caminos habrían conducido ciertos modos de vida, ciertas visiones de mundo, imaginarios, códigos de conducta y ciertas maneras de

relacionarse con el territorio hasta instalarlos en el corazón de la tierra ignota.

Es posible, entonces, imaginar el sentido histórico del viaje de los imaginarios que darían forma a los diversos asentamientos rurales, desde las rutas principales hasta las rutas de menor jerarquía. Al parecer, y esta afirmación la respalda la evidencia de una gran cantidad de caminos recorridos a lo largo de muchos años, los asentamientos de cada ruta, a pesar de que encuentran una identificación en muchos ámbitos con las cercanías funcionales de mayor jerarquía (un centro administrativo, del poder político, del comercio, al que se va a recibir algún servicio o al que se va a trabajar allende la frontera) poseen una *identidad propia de la ruta*.

Lo anterior tiene sobre todo que ver con los pequeños caminos que se enlazan con una vía importante e ingresan a una región de características fisiográficas y climatológicas diferentes, por ejemplo la de los poblados serranos de Santiago, frente a los poblados de la Carretera Nacional en Nuevo León, México. El abrupto ascenso de la ruta principal a la sierra, que lleva de una altitud de 500 metros sobre el nivel del mar a más de 1500 en 10 kilómetros de recorrido establece un cambio muy fuerte en el paisaje de la ruta. De un sistema climatológico tropical semiárido se pasa a un sistema de montaña. Es posible ver, en los diversos techos altitudinales que se atraviesan, cómo las especies vegetales predominantes van cambiando hasta ser del todo diferentes de la ruta principal que se ha dejado atrás. Así, a lo largo de esta ruta secundaria, que conecta a los poblados de la zona serrana de Nuevo León con los poblados rurales de los alrededores de Arteaga, Coahuila, es perceptible una fisonomía de los asentamientos y de la arquitectura que es más o menos homogénea.

Parcialmente se relaciona con la utilización de ciertos materiales y sistemas estructurales semejantes en la edificación

pero en un sentido más total, tendría que ver con unos modos de vida de los pobladores de estas comunidades rurales que se identifican. Hacia los extremos de esta ruta (el que se conecta a la Carretera Nacional en Nuevo León y el de las cercanías de Saltillo, en Coahuila) es perceptible un cambio en la plástica de los edificios, que, como se comentaba líneas atrás tiene que ver con la utilización de otros materiales y elementos de la construcción, además de la introducción de variaciones importantes a las tipologías tradicionales, como cambios en la forma de la cubierta<sup>7</sup>. Sería posible imaginar a esta ruta que se describe como un *sistema parcialmente cerrado*. Es decir, como cualquier ecosistema natural, que posea una extensión geográfica determinada y una frontera apreciablemente fuerte e impenetrable (como por ejemplo una isla). El hecho de que esta ruta esté tan «apartada» del resto de la geografía de los dos estados, con límites tan fuertes e infranqueables, la convierte en un medio ideal para explicar el fenómeno de transmisión de información de un ecosistema de asentamientos rurales que se da a lo largo de una ruta a otro ecosistema conectado de alguna forma con este.

Es posible pensar que los procesos de transformación de la arquitectura y los asentamientos en el medio rural estén relacionados además de con la calidad en la construcción del camino, con dos características del ecosistema que crea la ruta: su extensión y la magnitud de su frontera, o para plantearlo en

Es remarcable el hecho de que frente a los grandes cambios que se introducen en la arquitectura de estos poblados, la organización espacial de los edificios es más o menos permanente. Ello, siguiendo a Rapoport (1972) sugeriría una resistencia de los modos de vida tradicionales frente a los que se podrían vivir en la nueva realidad visitada por los campesinos de la sierra. El hecho de unos cambios en la organización espacial de los edificios, en este mismo sentido, sugeriría una transformación de los modos de vida de los campesinos de la sierra, lo que llevaría naturalmente a especular sobre el acontecimiento de una profunda transformación cultural.

términos geográficos, con la dimensión absoluta de las zonas de contacto del ecosistema de asentamientos rurales con otros ecosistemas de asentamientos aledaños. En el caso del sistema de asentamientos de la zona serrana de Santiago- Arteaga, decíamos que las zonas fronterizas del ecosistema son pequeñas en comparación con la extensión del camino. En cambio en las cercanías de la Carretera Nacional en Nuevo León, los sistemas de caminos que se han formado alrededor de los asentamientos a margen de la ruta poseen zonas fronterizas muy extensas y un gran número de ecosistemas de asentamientos rurales en sus alrededores. Esta característica particular de estos ecosistemas podría ser una pieza importante para explicar los procesos de transformación diferenciados en un caso, como el de la zona serrana que posee una frontera muy pequeña en contra de los ecosistemas que bordean a la Carretera Nacional, con fronteras extensas y una gran interacción entre ellos.

Esta idea sugiere que en tanto los ecosistemas que crean la ruta entren en interacción, será mayor la posibilidad de que estos se transformen con el tiempo, aunque habría que pensar que si en un momento dado, los procesos de intercambio de todo tipo que desencadenan la transformación en la forma del asentamiento y de la arquitectura, disminuyen o se hacen más lentos, los ecosistemas puedan llegar a una fase de homeostasis en la que dicho flujo se interrumpa o sea mínimo. Es posible adelantar que en tales circunstancias estaríamos en presencia de un *sistema unificado*<sup>8</sup>. Tal vez, una ciudad-red regional pueda caracterizar aproximadamente a este estado de sistema. De todas formas sería posible pensar que dadas unas características físicas del ecosistema de asentamientos rurales que se crea sobre una

<sup>8</sup> Esta unificación y aislamiento del sistema con respecto a su medio ¿sería el resultado de una convergencia del espacio físico que se ha entrelazado mediante a las vías de comunicación y se ha homogeneizado por la ocupación extensiva urbana del territorio con la hegemonía de un espacio social?

ruta, es posible caracterizar las posibilidades de transformación de dicho sistema en el tiempo, mediante el conocimiento de los flujos de información que son transportados en la red de caminos que establece la interacción entre sistemas.

Esta idea es atractiva por varias razones, en primer lugar, porque abre la posibilidad de definir, en los términos que hacen posible la medición y el cálculo, las características físicas que definen el grado con el que un sistema interactúa con otro, es decir los desencadenantes de la interacción y en consecuencia, de la transformación de los modos de vida de los pobladores rurales y de sus asentamientos. Ya habíamos dicho antes en este trabajo que era evidente que el cambio en la calidad del camino, lo que establecía una mayor velocidad en las comunicaciones entre un ecosistema de asentamientos rurales y otros (a lo que los geógrafos llaman una disminución de la distancia relativa entre los puntos de un territorio) era un desencadenante de la interacción. Si llevamos esto a los términos que hemos estado manejando en este trabajo, diríamos que un cambio en la calidad del camino equivaldría a un cambio en las dimensiones relativas de la frontera entre ecosistemas.

Así, como es posible inferir la existencia de esta correlación, es posible suponer que las fronteras de estos ecosistemas pueden cambiar si los flujos de transporte público y privado cambian, si la situación económica de sus pobladores cambia, por ejemplo, si ésta les obliga a moverse en el ámbito de la nación o internacionalmente por razones del empleo. La existencia o la ausencia de cadenas de producción que generen dependencias económicas entre ecosistemas de asentamientos rurales es un desencadenante del cambio de las fronteras del ecosistema, y por lo tanto de su capacidad de transformarse en el tiempo, incrementando o deteniendo los flujos de intercambio de informaciones y cosas.

Otro desencadenante del cambio en la extensión relativa del ecosistema está relacionado con la incorporación de nuevos pobladores. Procesos de incorporación de los asentamientos rurales como cercanías de las áreas urbanas en expansión han generado en muchos casos procesos de suburbanización de estos asentamientos tras la creación de fraccionamientos campestres como segunda residencia o habitación vacacional para algunos habitantes de la ciudad. Este proceso, que ha introducido fuertes transformaciones a los antiguos poblados rurales, dada la imposibilidad de que se generen redes sociales de relación horizontal entre los antiguos y nuevos pobladores, además ha introducido otras maneras de concebir la organización de los espacios públicos y privados.

Otro fenómeno no menos importante es el que se relaciona con los procesos de pauperización de los asentamientos rurales que se han incorporado a las zonas urbanas en crecimiento. En efecto, junto al fenómeno de suburbanización existe otro de creación de cinturones de miseria en antiguas zonas rurales. Ello incorpora nuevas visiones y formas de vida a los ecosistemas rurales que generan cambios muy importantes en su estructura territorial y en la imagen de la arquitectura rural. La reutilización de grandes objetos de desecho puede ilustrar muy bien cómo se incorporan algunos elementos de la vida urbana a la vida rural. En algunos lugares aledaños a las áreas metropolitanas es usual ver cómo ciertos elementos de desecho industrial son reutilizados como elementos para la construcción de casas corrales. En Concepción, en la ribera del Bío Bío en Chile, es posible observar viejos contenedores de acero para el transporte de mercancía por barco, transformados en viviendas precarias en instalaciones del almacenamiento de suministros en lugares públicos alejados de esta pequeña ciudad. Las nuevas formas de uso de estos elementos cambia su sentido de manera importante y al mismo tiempo, incorpora, para los habitantes urbanos

imagen de decadencia, de vida al margen, que sitúa a la cercanía rural o a la periferia urbana depauperada en el terreno de lo inferior, de lo quien vive de los desperdicios, en medio de la basura.

La transformación de un ecosistema de asentamientos rurales además tiene que ver con la disposición espacial de sus elementos y la extensión de sus redes internas. La mayoría de los geógrafos y los ecólogos coinciden en señalar que el proceso de interacción de un ecosistema con otro es una función que depende de la forma del espacio geográfico de los ecosistemas en interacción, es decir que a mayor concentración del espacio, las áreas de contacto se minimizan, mientras que a mayor dispersión de la forma, las áreas fronterizas se maximizan. Otro tanto puede suceder con los ecosistemas de asentamientos rurales, sólo que las consideraciones de su espacialidad son un tanto diferentes de las de un ecosistema natural. Veamos a qué me refiero: un ecosistema natural está inextricablemente enlazado a la realidad física de su extensión geográfica, es decir su localización en una topografía y un sistema climático determinados. Un ecosistema de asentamientos rurales no lo está tanto. Se trata de un *lugar cultural*, es decir, un lugar que está enclavado en una geografía física, pero que está a su vez determinado por la geografía imaginaria —la suma de percepciones, procesos de construcción cognoscitiva del ambiente habitado y la valoración ambiental— que crean los propios habitantes alrededor del ámbito que se han apropiado para vivir.

Ello establece límites a la naturaleza de estos lugares que hacen difícil el equipararlos a los ecosistemas naturales que les dan soporte, dado que su frontera es diferente, por ejemplo. Frente a los ecosistemas naturales, los culturales estarían determinados por la presencia de elementos edificados —constituyéndose, desde luego, a los producidos por culturas con una

concepción radiante de su espacio edificado-. En los ecosistemas de asentamientos rurales que crean los caminos esto es así, sólo que la interrelación de los ecosistemas naturales y los culturales es mayor que en el medio urbano. Si consideráramos para el análisis de la extensión del ecosistema cultural sólo a los sitios construidos (edificaciones, lugares públicos, caminos, siembras, huertas, campos de pastoreo, establos, trojes, etc.) estaríamos olvidando que existe una dependencia muy fuerte para la vida y la producción de los habitantes con algunos sitios difíciles de considerar como parte de los espacios edificados.

Por ejemplo, en La Ciudadela, un poblado rural sobre la ruta Juárez- Santiago de 118 habitantes en las cercanías de Juárez, Nuevo León, en México, es común que los propietarios, que poseen derechos comunales desde la época colonial sobre una porción de la Cordillera de la Silla, utilicen esta tierra como un campo de pastoreo para el ganado en época de estío, como un refugio para el ganado en la época de las heladas en el invierno, como lugar de caza (como estrategia de supervivencia y variación de la dieta) y como el sitio en el que se dotan de madera (como combustible y material de construcción, principalmente). Es notable cómo los habitantes de la comunidad, a pesar de no intervenir ostensiblemente este paisaje, dependen tan estrechamente de él. Otra cosa que es notable en esta comunidad es la diferenciación tan importante que existe entre esta área «natural» y lo que se podría considerar como los lugares culturales de la comunidad: las siembras se circunscriben a las pequeñas propiedades y a los ejidos, mientras que las tierras comunales permanecen aparentemente intocadas.

Sin embargo, a pesar de esta apariencia sería muy arriesgado el establecer una frontera del ecosistema cultural ateniéndose sólo a la evidencia física de los sitios edificados o en los que es notable la intervención humana en su conformación física. La gran dependencia que se establece en los ecosistemas de

asentamientos rurales con respecto al derredor es un elemento a considerar para su lectura y la evaluación de su grado de interacción con otros ecosistemas culturales, amén de que es importante para definir la naturaleza de su espacialidad. Creo que para entender al lugar cultural en el medio rural hay que partir de estudios sobre las maneras en las que los propios pobladores entienden, perciben y valoran su ambiente. Una herramienta que hemos usado con bastante éxito en este contexto, y que mostraremos más adelante en este trabajo es el uso de la mapificación mental.

Un ecosistema de asentamientos rurales es un lugar cultural, es un ecosistema en el que entran en interacción la naturaleza y los símbolos, es el vehículo por el que se domestica lo ignoto, acaso, la frontera de lo humano y lo no humano. Hay ocasiones en las que el ecosistema cultural sobrepasa al natural en extensión. Si podemos considerar como un ecosistema muy cerrado al de las comunidades serranas del camino Santiago-Arteaga es porque la evidencia nos ha hecho ver que los campesinos habitantes de las comunidades a lo largo de la ruta comparten una serie de rasgos culturales y las zonas fronterizas de su ecosistema —como veíamos— son pequeñas y escasas, ello motivado, sobre todo por la naturaleza del emplazamiento del ecosistema, que se mete entre un intrincado y abrupto sistema de valles en la Sierra Madre Oriental, que conforman unas barreras formidables para la interacción con otros ecosistemas. Sin embargo, los campesinos de ambos extremos de la ruta no comparten las mismas estrategias de siembra y recolección de las cosechas, dado que los medios naturales en los que habitan son sensiblemente diferentes.

Uno de los aspectos que hacen que la dimensión de la frontera de interacción entre los ecosistemas de asentamientos rurales cambie está en función de la cantidad de conexiones que cada ecosistema posea, ello es, la extensión de la red de caminos

que se genere a su interior junto con la extensión densidad y conectividad de las redes sociales por las que se mueven los pobladores de estos espacios. Cuando hablábamos de que un ecosistema de forma agrupada posee menor cantidad de zonas de interacción que uno en forma dispersa, nos referimos parcialmente a la forma física del ecosistema cultural; la medida de la dispersión de su forma (la cantidad de conexiones que pueda establecer un ecosistema con otros) tiene que ver en ciertos aspectos con la extensión y transitabilidad de la red de caminos, en un sentido muy general, esta consideración aparta la posibilidad de compatibilizar los criterios de análisis del espacio geográfico de los ecosistemas naturales frente a los culturales. La extensión de la red de caminos y su transitabilidad, así como de los atributos correlacionados a estos de las redes de socialización, son una función que depende no sólo de la dimensión física de la red, sino de su dimensión simbólica, de las maneras en que los habitantes rurales usan la red de caminos y las redes sociales y a través de éstas interactúan con otras zonas rurales y de las interpretaciones del mundo que estas redes permiten (el camino no sólo se transita, se viven en él eventos que le marcan de forma indeleble, superponiendo así sobre las dimensiones físicas las dimensiones de lo imaginario) ello pone el acento, como la posibilidad de entender este entrecruzamiento de lo físico y lo simbólico, en la investigación sobre las representaciones del ambiente que construyen los habitantes del medio rural. Asunto que es el centro de la segunda parte de este trabajo que se publicará en el próximo número de este anuario.

#### Bibliografía.

- BOILS (1982) *La casa campesina en el porfiriato*. SEP, México.  
 CERTEAU, Michel de, GIARD, Luce, MAYOL, Pierre (1999) *La invención de lo cotidiano, 2. Habitar, cocinar*. Guadalajara, Universidad Iberoamericana, ITESO.

- DEGENNE, Alain (1986.), "Un langage pour l'étude des réseaux sociaux" en *L'esprit des lieux - Localités et changement social en France*, Paris, Éd. CNRS, 350p.  
 GARCÍA, Alejandro (2004), *La casa campesina y el lugar de lo sagrado*. UANL, México.  
 GATTI, Luis Maria/CHENAUT, Victoria (1987) *La Costa Totonaca: cuestiones regionales II*, Cuadernos De La Casa Chata, SEP, México.  
 GRAFMEYER, Yves (1994), *Sociologie urbaine*, Paris, Éd. Nathan, coll. 128, 128p.  
 JAYNES, Julian (1991) *Cuatro Hipótesis sobre el origen de la mente*. Revista Ciencia y Desarrollo ICYT, México, Vol. XVIII Num. 100.  
 MUNTAÑOLA, Joseph (1974) *Arquitectura como lugar*. Gustavo Gili, Barcelona.  
 NARVÁEZ, Adolfo (2000) *Crónicas de los viajeros de la ciudad*. Idearium, Argentina.  
 RAPOPORT, Amos (1974) *Vivienda y cultura*. Gustavo Gili, Barcelona.  
 RULFO, Juan (1955) *Pedro Páramo*. FCE, México.  
 RULFO, Juan (1953) *El llano en llamas*. FCE, México.